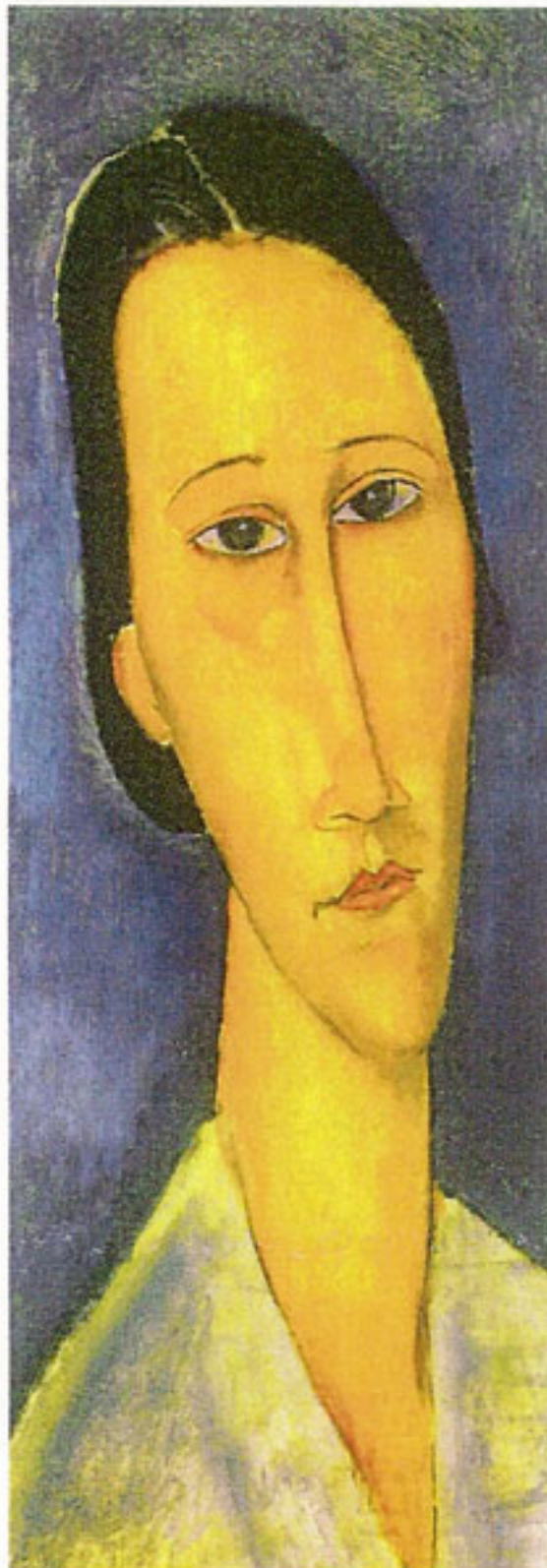


Exposiciones



MODIGLIANI Y SU TIEMPO

Museo Thyssen-Bornemisza. Fundación Caja Madrid, Madrid. Hasta el 18 de Mayo.

EL POBRE MODIGLIANI

Dice Ramón Gómez de la Serna, esponjosamente florido y erróneo: "El pobre Modigliani, que se tiró por un balcón y detrás de él su amada, matándose los dos sobre las losas funerarias de la acera". En ese falaz aserto, paradójicamente, reside el espíritu que sobrevuela al pobre Amedeo Modigliani, pintor por sobre todo, buen bebedor y visitante del paraíso del hachís. La desgracia, tan querida por los exégetas, fue el heraldo y conductor de una vida tortuosa, dolorida y de dolorido final: Modigliani murió en un hospital, tosiendo sangre, víctima de lo que parece haber sido una meningitis tuberculosa. La que sí visitó las losas funerarias de la acera, según la desaprensiva figura de Gómez

de la Serna, fue su mujer, Jeanne Hébuterne, que se tiró de un quinto piso dos días después de la muerte de Amedeo. Inmediatamente identificable, pintoresco en su desgracia, su rostro —hermosamente contemporáneo en sus rasgos— vigila desde las gigantografías: el Museo Thyssen-Bornemisza y la Fundación Caja Madrid alojan hoy una abundante muestra inscrita como *Modigliani y su tiempo*, que reúne pinturas y algunas esculturas del gran hombre, en amable tertulia con obras de contemporáneos y ascendientes. Gauguin, Toulouse-Lautrec, un divino Munch, Picasso, sobre todo Cézanne y Brancusi: esos son los maestros, los antecesores, la esencia de la nutrición. Y África, claro, la oscura tierra del enigma, la tierra de las máscaras y del canibal insensato, la tierra del león y de las brumosas cataratas que había buscado Burton con la cara partida de un lanzazo. Nunca olvidar África, por sobre todas las cosas, porque entre el humo de los puros y el ajenjo de París, había surgido su cara negra, como un indiferente admonitor. ¿Cómo interpretar esa ruptura, ese dolor? Picasso lo hizo, en las celeberrimas *Demolseilles d'Avignon*, en 1907: una pintura ultrajante, magnífica y salvaje que ahonda en lo aparentemente terrible. Modigliani también lo hizo, pero su mirada fue tangencial, casi epidérmica: la suya fue una síntesis dulce. Donde sus contemporáneos veían la bestia, él veía elongaciones y suaves pendientes.

¿Quién era Modigliani? Su dibujo era un dibujo aserrado, a veces dificultoso, siempre incómodo. Era, en esencia, y a pesar de su torpe incursión escultórica, un pintor veloz, no predestinado al arrepentimiento. Casi puede palpase la angustiosa lucha entre el pintor y el molesto artefacto del tiempo. El trazo urgente y desbocado del pincel, que casi nunca se enmienda o arrepiente, es rastreable a lo largo de todas sus pinturas, ya sea etéreo o inusualmente matérico y feroz. Cuando se arrepiente, se originan desastres: las manos del *Retrato de Anna Zbarowska* parecen enmendadas por una garra irreflexiva.

¿Quién era ella? En 1917 conoce a Jeanne Hébuterne, pintora incipiente, última mujer y dramática suicida. Hay en esta exposición un par de fotografías que la muestran. En una, como una intencionada Lilith de cabellos sueltos, mentón contra el pecho y mirada que perforaría la última piedra del sepulcro; pero todos sabemos que cualquier retrato compuesto con tal intencionalidad es, a priori, un éxito evocador de la corrupción, de la tentación y del pecado. Otra fotografía, a la que tiendo a adscribir, la muestra frontal, sentada con un libro en el regazo y mirando a la cámara con la seriedad hija de la inmovilidad requerida para el trance. Olvidemos los calificativos ponderatorios; era una bella mujer, pero eso no nos ocupa ahora: hay en sus facciones algo ligeramente distorsionado, afín a esa distorsión hija de las máscaras de África. Algo en su nariz, suave y delicada pendiente interminable, nos hace pensar que, verdaderamente, Modigliani había encontrado en sus facciones la encarnación de su síntesis dulce.

La exposición —que vacilo en llamar complementaria— de Caja Madrid, incluye un autorretrato de Jeanne, que asumo como la más espectacular de las paradojas: en esa pintura (un pequeño óleo sobre cartón) en la que se representa en tres cuartos contra un vago fondo de tapicería, omite pintar su nariz.

Nada puedo agregar. Al salir del Thyssen, no pude dejar de observar que las camelias que oman las puertas estaban en flor. Y pensé en Brahms, pensé en el *Deutsches Requiem*, y en la admonición de Pedro: "*Denn alles Fleisch es ist wie Gras und alle Herrlichkeit des Menschen wie des Grases Blumen*". Que en recto castellano es: "Porque toda carne es como la hierba, y toda la gloria del hombre como la flor de la hierba". Así sea, sin más.

Ávaro Pempere

www.museothyssen.es
www.fundacioncajamadrid.es

PIET HEIN EEK

Círculo de Bellas Artes, Madrid. Hasta el 30 de Marzo.

Podría decirse que Piet Hein Eek ejemplifica un modelo de nuevo artesano que ha encontrado en la legendaria Academia de Diseño de Eindhoven un caldo de cultivo idóneo en el que formarse y profesionalizarse. Eek se dio a conocer cuando todavía era estudiante de este centro, en 1990, con un proyecto de graduación muy particular. A partir de tablas y listones desechados, creó un armario que subrayaba el aspecto crudo de la madera envejecida. Desde entonces, sus proyectos han sido innumerables, y en todos se ha evidenciado la preocupación casi obsesiva del diseñador sobre las posibilidades expresivas y funcionales de los materiales a los que se proporciona una segunda oportunidad. Eek ha trabajado tanto con sintéticos como con naturales: aluminio, acero, cerámica y madera de diversas clases. A todos les ha proporcionado nuevos usos y todos, invariablemente, exhiben su reconocible estilo. Su visión de la autoría se basa en celebrar la belleza de la imperfección: "Todo el mundo intenta hacer mobiliario que parece perfecto, pero yo trabajo en el sentido inverso. Me gusta utilizar materiales que no tienen valor y hacerlos actuar como si fueran preciosos".

V.V.

www.pietheineek.nl/es
www.circulobellasartes.com

